

DÍA DEL ESPÍRITU DE PROFECÍA / SÁBADO DE LA HERENCIA

## Historia para los niños: Un hermoso sueño

Ruth Wheeler

“Guillermo Miller predicará esta noche,” dijo el padre de Elena un día, mientras se sentaba a cenar, “y tenemos que ir a escucharlo. Está predicando una doctrina nueva y extraña. Piensa que el mismo Jesús vendrá pronto a esta Tierra. Quiero saber si eso está en la Biblia”.

Esa noche, la familia Harmon fue a la reunión celebrada por Guillermo Miller en la ciudad de Portland, Maine. Cuán conmovidos se sintieron cuando el ministro les habló de la cercanía de la venida de Jesús. El Sr. Miller hizo la explicación de las profecías tan clara que, aunque Elena solo tenía doce años, incluso ella podía entenderlas.

Este ministro era un estudiante cuidadoso de la Biblia. Descubrió que todas las profecías del libro de Daniel concernientes a los diferentes reinos se habían cumplido. Entonces, llegó a una profecía que decía que al final de un período de 2.300 años el santuario sería purificado.

“¿Podemos decir cuándo comenzarán y terminarán estos años?”, se preguntó. Encontró la respuesta en el libro de Daniel, en el capítulo 9. Aquí encontró que este período comenzó cuando se dio el decreto para restaurar y construir Jerusalén. De la historia aprendió que este decreto fue dado 457 años antes del nacimiento de Cristo.

Las otras profecías de este mismo capítulo concernientes a la obra de Cristo y su muerte se habían cumplido en el año exacto en que se profetizó que sería; por lo tanto, el Sr. Miller estaba seguro de que el próximo evento, la purificación del santuario, tendría lugar al final de los 2.300 años. El fin de la profecía llegaría en 1843.

¿Qué se entendía por la purificación del santuario? Los estudiantes de la Biblia saben ahora que el santuario del que se habla aquí está en el cielo, donde Jesús ruega a su Padre por el perdón de nuestros pecados. Pero en ese tiempo, casi todos los cristianos creían que la Tierra era el santuario. El Sr. Miller estaba seguro de que la purificación del santuario significaba la limpieza de la Tierra del pecado con la venida de Jesús.

¡Qué pensamiento tan emocionante! ¡Jesús vendría en 1843! Sintió que debía contárselo a los demás; así que dejó su casa y salió a predicar dondequiera que encontraba personas que lo escucharan. Ahora él había llegado a Portland, y le estaba explicando a la gente por qué creía que Jesús vendría en tan solo 3 años más.

Todo el mundo en la ciudad hablaba de este gran evento. Muchos se burlaron y rieron, pero muchos otros creyeron. Elena iba a estas reuniones, y cuando el Sr. Miller pidió especialmente a los que querían buscar a Dios en oración que pasaran al frente del salón, ella se adelantó, con muchos otros, y se arrodilló, orando para que sus pecados fueran perdonados. Por supuesto Jesús respondió a su oración, pero ella no sintió que él lo hizo. Todavía no había aprendido que debemos confiar en que Jesús perdonará nuestros pecados cuando los confesamos y le pedimos que los perdone. Durante las siguientes semanas estuvo preocupada, porque no estaba segura de estar lista para encontrarse con Jesús.

El verano siguiente, la familia Harmon fue a la reunión del campamento metodista. Elena estaba contenta de tener esta oportunidad de escuchar más acerca de Jesús. Ella fue completamente decidida a buscar al Señor fervientemente allí y quería estar preparada para su venida. Poco después de llegar al campamento, escuchó un sermón predicado por las palabras de la reina Ester: “entraré a ver al rey, [...] y si perezco, que perezca” (Ester 4:16). El sermón era especialmente para aquellos que anhelaban ser salvos, pero temían no poder ser dignos del amor de Dios. Las palabras del ministro ayudaron a Elena a entender lo que debía hacer para estar lista para encontrarse con su Salvador cuando él viniera. Comprendió que no podía hacerse digna por sus propias fuerzas, sino que sólo Jesús podía limpiarla del pecado.

Poco después de esto, mientras oraba, su corazón se llenó de felicidad y ahora sentía que Jesús había perdonado sus pecados. Se dio cuenta de que Jesús está muy cerca de sus hijos, que ellos podían acudir a él con sus problemas, y que él le quitaría toda tristeza, de la misma manera que había bendecido y sanado a los que acudían a él cuando él estaba aquí en esta Tierra.

Una de las mujeres le dijo: “Querida, ¿has encontrado a Jesús?” Cuando Elena se giró para decir “Sí”, la mujer exclamó: “De hecho, lo has encontrado. Su paz está contigo. Lo veo en tu rostro”.

En ese momento, Elena pasó por una tienda de campaña en el campamento y vio a una niña que parecía muy angustiada por algo. Sostenía en sus brazos una pequeña sombrilla. Su rostro estaba pálido mientras se aferraba con fuerza a su tesoro. Varias veces intentaba recostarlo y luego lo volvía a sostener más cerca de ella. Después de unos minutos, la niñita exclamó: “¡Querido Jesús, quiero amarte e ir al cielo! ¡Quita mis pecados! Me rindo a ti, con sombrilla y todo”. Luego, llorando, se arrojó a los brazos de su madre. “Madre”, dijo, “estoy tan feliz, porque Jesús me ama, y yo lo amo más que a mi sombrilla o a cualquier otra cosa”.

Su rostro brillaba de felicidad mientras sonreía a los que la rodeaban. Entonces su madre, con lágrimas en los ojos, le explicó que su hijita había recibido la sombrilla como regalo hacía algún tiempo. A ella le gustaba mucho. La llevaba consigo a todas partes, incluso la llevaba cuando se iba a dormir por la noche. Pero, durante las reuniones, la niña había escuchado que debíamos darle todo a Jesús. La pequeña sombrilla era el objeto más querido en la Tierra para ella, y por eso había sentido que debía dársela a Jesús. ¡Qué lucha había tenido antes de estar dispuesta a renunciar a su tesoro! Pero ahora que todo había terminado, y que había dado todo lo que tenía, su rostro brillaba con nueva alegría.

Entonces se le explicó a la niña que, puesto que había renunciado a todo en pos de su Salvador, y no permitía que nada se interpusiera entre ella y su amor por él, era correcto que conservara la sombrilla y la usara.

Mientras Elena caminaba por el campamento, se dijo a sí misma: “¡Qué difícil es renunciar a la sombrilla! Sin embargo, Jesús renunció al cielo por nosotros, y se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza y sufrimiento, pudiéramos tener riquezas celestiales”.

Poco después de su regreso de la reunión campestre, quiso bautizarse e ir a la Iglesia Metodista, a la que pertenecían sus padres. Los líderes de la iglesia querían bautizarla por aspersion, pero ella sintió que quería ser bautizada como lo había sido su Salvador, por inmersión.

Aunque el día señalado para el bautismo había llegado y las olas del océano se estrellaban contra la orilla, el corazón de Elena estaba feliz, feliz de poder tomar su cruz por el Maestro. Su paz fluía como un río. Ella estaba comenzando una nueva vida que iba a ser una vida de servicio para su Salvador.

---

Esta historia aparece en *His Messenger* de Ruth Wheeler, un compendio de historias verdaderas tomadas de los libros, cartas y artículos de Elena de White. Fue publicado por la Review and Herald Publishing Association en 1939.